

Para mirar la cultura de cierta manera

Graziella Pogolotti

Más allá del brevísimo transcurrir de nuestra existencia, el empeño por edificar una sociedad socialista tiene una historia tan corta como un parpadeo. El núcleo originario de la burguesía asomó desde la edad media, cuando el crecimiento de la economía campesina dio lugar al nacimiento de los burgos, pequeños conglomerados urbanos centrados en torno a la plaza del mercado, donde artesanos y comerciantes sentaron las bases de los municipios. Al costado de los grandes terratenientes, señores feudales e instituciones eclesiásticas. Muy pronto, esta capa social emergente fue ganando espacio en el campo del trabajo intelectual. Animaron las universidades, se hicieron médicos, abogados, administradores. Inspiraron la primera versión del humanismo con su formulación utópica en la abadía de Thélème de François Rabelais. La revolución inglesa encabezada por Cromwell fue su primer estallido. Gran Bretaña se situó entonces a la vanguardia del desarrollo capitalista, sustentado en la riqueza procedente del oro de América. Al siguiente siglo la revolución francesa plantearía una propuesta aún más radical. Contaba con la maduración de sus fundamentos conceptuales. Por lo demás, en pleno auge de la monarquía borbónica, Colbert, intendente de hacienda de Luis XIV, había introducido en la práctica un diseño mercantilista. Al producirse un punto de inflexión con el nueve de Termidor, el germen de una contradicción latente se manifestó con la frustrada conspiración de los iguales, dirigida por Babeuf y Buonarrotti.

Las durísimas condiciones de vida impuestas por la primera revolución industrial, reflejadas en las novelas de Dickens y en las planchas de Dau- mier, nutrieron las ideas de Fourier y Saint-Simon y el pensamiento crítico de Marx y Engels respecto a la filosofía clásica. Los fundadores comprendie-

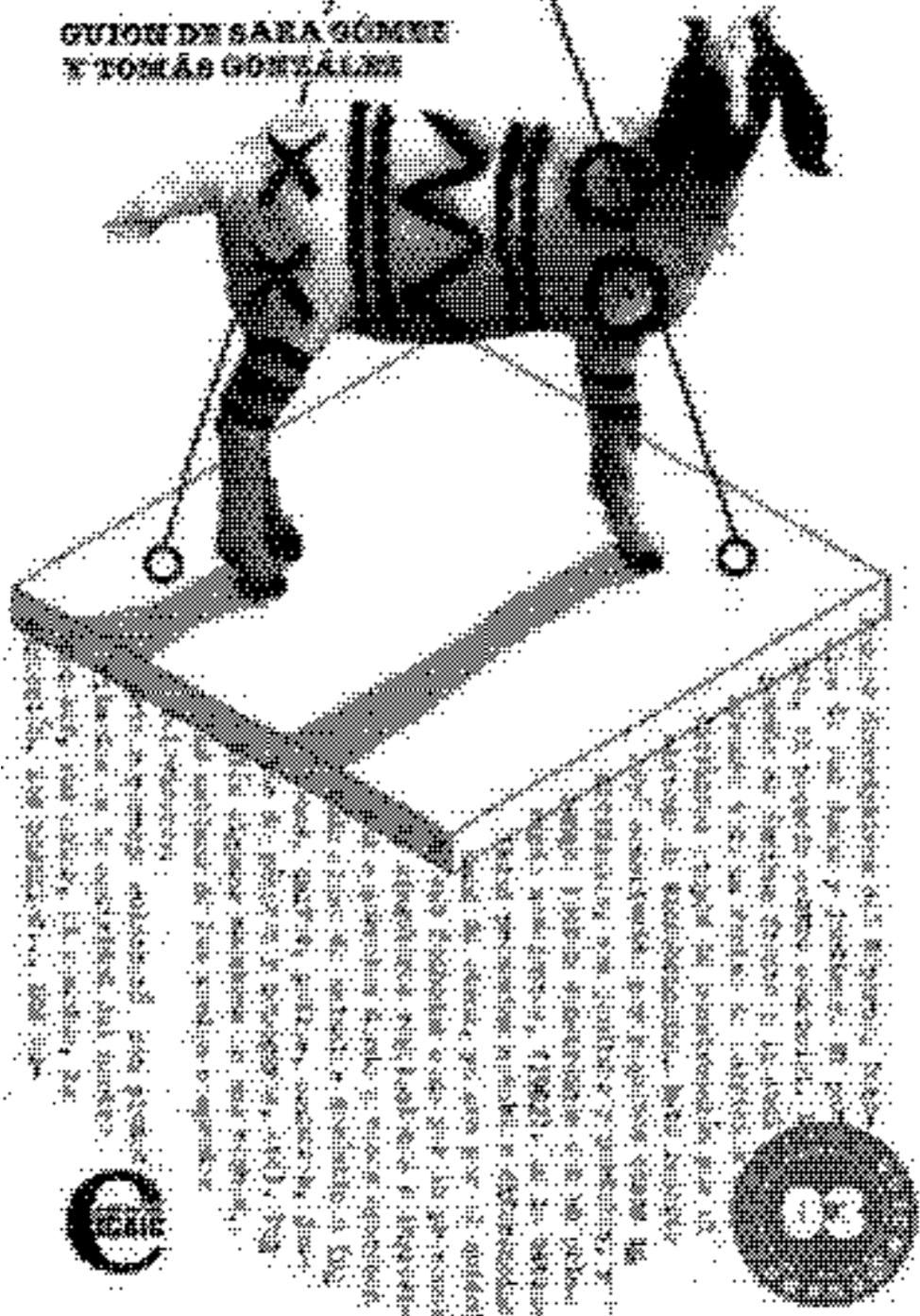
ron que el proletariado tendría que transitar de una conciencia de clase en sí a la de clase para sí. Por ese motivo llevaron a cabo, junto a la necesaria investigación científica, una acción política práctica orientada a la creación de la Segunda Internacional, sofocada luego con la adopción de un programa reformista. El abandono de los principios iniciales se manifestó en la complicidad con las fuerzas que desataron la Primera Guerra Mundial, expresión de la feroz disputa por el mercado y del reparto del mundo colonial, cuya explotación benefició indirectamente a obreros y campesinos de los países industrializados. Ocurrió entonces que, contradiciendo lo previsto, la primera revolución socialista se produjera en la Rusia de los zares, el eslabón más débil del panorama europeo.

Mientras tanto, un nuevo liderazgo buscaba sus propias definiciones anticapitalistas y anticoloniales en los territorios periféricos de Asia y América Latina, allí donde escaseaba la masa obrera y un alto grado de explotación se concentraba en los campesinos sin tierra y en los marginados de las ciudades y las zonas rurales.

Una necesaria revisión autocrítica del proceso en función de los dilemas de la contemporaneidad revela fisuras en la formación de la conciencia, por no haber descifrado en todo su alcance las ambivalencias subyacentes en el concepto de cultura, al considerarla sinónimo de *beaux arts*, según la noción decimonónica acerca de la creación artística-literaria, con olvido del papel específico en esta última, en tanto aventura del conocimiento y exploración de la realidad. Sobre este entendido, se homologó la práctica artística con la propaganda directa. La Unión Soviética abandonó las políticas adoptadas bajo el comisariado de Lunacharski, y en 1934 el primer congreso de escritores oficializó las normativas

DE CIERTA MANERA

GUIÓN DE SARA GÓMEZ
Y TOMÁS GONZÁLEZ



auténtico producto nacional del f...l...r... " b,-e,n-..

RESIDENCIAL MIRAFLORES

del realismo socialista. Las consecuencias resultaron funestas. Aherrojaron la creación y llevaron a la represión de importantes creadores, muchos de ellos de orientación socialista.

De raigambre sociológica y antropológica, en su más amplio sentido, el concepto de cultura se sitúa en el terreno de los valores.

La Revolución cubana eludió las trampas del realismo socialista, aunque algunos de sus presupuestos teóricos estaban implícitos en las críticas que desde *Verde Olivo* preludivieron la etapa conocida como «quinquenio gris». Los intelectuales conocían bien los resultados prácticos de una estética nacida de una interpretación mecanicista de las ideas fundadoras de Marx y Engels, difundidos en una amplia filmografía en imágenes y textos literarios, así como en las críticas al compositor Dimitri Shostakóvich. A esa corriente dominante en el campo socialista se contrapuso la tradición nacional forjada a partir de la vanguardia. Una relectura de nuestro proceso cultural induce a revalorar carencias que afloraron entre los finales de los sesenta y buena parte de la siguiente década y se planteaban interrogantes productivas acerca del diálogo entre sociedad y creación artística. La segunda posguerra y las subsiguientes luchas contra las distintas expresiones del colonialismo removieron las ciencias sociales y la visión estrechamente eurocéntrica. La antropología y la sociología cobraron un impulso favorecido por estudios de campo y por una circulación de las ideas que trascendió el ámbito académico. Para los cubanos, inmersos en una revolución proyectada hacia el socialismo a partir de los desafíos resultantes del legado del subdesarrollo y el coloniaje, latinoamericana y tercermundista, acción y pensamiento se articulaban a través de una práctica concreta y de la rápida asimilación originada en fuentes variadas y, a veces, contradictorias. A la Segunda Declaración de La Habana se unía el rescate de Mariátegui, las lecturas de Gramsci, Fanon y Brecht, la revisión de los llamados formalistas rusos y los rebotes de las polémicas suscitadas por las investigaciones de Oscar Lewis. Fue masivo el respaldo al proyecto emancipador desatado por el triunfo de enero de 1959 con su redistribución de la propiedad, su antimperialismo, su reivindicación de la soberanía nacional y su vocación internacionalista enraizada, a la vez en los beneficios conquistados para buena parte de los

ciudadanos del país y en un imaginario habitado por la herencia de la frustración republicana y en los ideales postergados a partir de la derrota de la revolución del treinta. Sin embargo, en medio de esa unidad de propósitos se agudizaba, en los planos de la subjetividad y de los valores, la confrontación entre lo viejo y lo nuevo. En lo más profundo de la conciencia, anidaba una realidad compleja y contradictoria.

Desde *La madre*, *El alma buena de Szechwan* hasta *La vida de Galileo*, el repertorio de Brecht había invadido la escena cubana. La difusión de sus ideas no modificó en lo sustantivo los conceptos de puesta en escena. Tampoco lo hizo en la formación actoral, a pesar de los intentos por lograr la interpretación del distanciamiento mediante el «*gestus* social». Colocó en primer plano la problematización del vínculo entre el espectáculo y sus destinatarios. Abrió paso a una reflexión teórica latente en la *Dialéctica del espectador*, de Tomás Gutiérrez Alea, el reclamo de un cine imperfecto por Julio García Espinosa y a las búsquedas de un intercambio interactivo en los trabajos del grupo Escambray y en la realización cinematográfica de Sara Gómez. En ambos casos, se tomaba como punto de partida una investigación de campo en un área concreta de la realidad.

Paradójicamente, por vía de Brecht, se regresaba a la tradición aristotélica. En procura de un autorreconocimiento crítico, se llegaba a la catarsis y a la anagnórisis. En términos de lenguaje, Sara Gómez provocaba la confrontación a través de un relato que conjugaba ficción y testimonio, a la vez que utilizaba en la filmación actores profesionales y personas comunes, portadoras de los conflictos vertebradores de la trama.

En la sociedad y en los individuos coexisten simultáneamente distintos tiempos históricos. Los cambios económicos y políticos pueden producirse a una velocidad vertiginosa con el respaldo de las grandes mayorías. Arraigados en una memoria secular, ciertos valores perduran, se reproducen y cobran fuerza en momentos de crisis. Esa contradicción latente emerge en *De cierta manera*. Los habitantes de Las Yaguas han sido trasladados a un reparto construido para ellos. Disponen allí de vivienda con servicios de agua y de electricidad, de escuela para sus hijos. Se han convertido en obreros asalariados con empleo seguro. El actor Balmaseda encarna a su homónimo Mario, que afronta las di-

Sara Gómez

ficultades del cambio en el plano de la conciencia. En lo recóndito de la intimidad, la relación con su pareja sentimental ofrece la posibilidad de quebrar las fronteras clasistas y raciales. Avanza a tientas en ese nuevo contexto, atado a nociones machistas de hombría y de solidaridad con el «ecobio». El testimonio personal de Balmaseda, recogido en la reciente edición del guion de Sara Gómez y Tomás González, subraya las dificultades del proceso de cambio. Conducido de su mano, el tema reaparece algunos años más tarde con la puesta en escena de *Andoba*, representación teatral que convocó a miles de espectadores. La obra conduce a un desenlace trágico del protagonista, un marginal, decidido a cortar las amarras e integrarse a la sociedad, que cae asesinado por sus cómplices de otrora.

De cierta manera recobra vigencia estremecedora en la actualidad, cuando la izquierda latinoamericana sufre un retroceso a pesar de haber rescatado

Mario Balmaseda

de la pobreza a millones de ciudadanos. Nos invita a reflexionar sobre el modo en que se interceptan los factores objetivos y subjetivos. Nos recuerda los llamados del Che respecto al papel decisivo de la conciencia, más apremiante en las circunstancias de un mundo permeado por las tentaciones del consumismo y por la influencia creciente de los medios de comunicación.



Graziella Pogolotti (París, 1932)
Investigadora, profesora y crítica de arte. Premio Nacional de Literatura en 2005. Estudió Filosofía y Letras en la Universidad de La Habana y en La Sorbona, así como Literatura Francesa Contemporánea y Periodismo. Miembro de la Academia Cubana de la Lengua. Ha publicado, entre otros, los libros *Examen de conciencia*, *El oficio de leer* y *Dinosauria soy*.

de sociedad secreta tradicional y -
excluyente la sitúan conararia al .
progreso
e incapaz de insertarse -
dentro de las necesidades de la vida
moderna.

